

TRATADO
DEL
AMOR DE DIOS

San Juan de Ávila

João
de Ávila

EDITA: CENTRO DIOCESANO "SAN JUAN DE ÁVILA"
14550 MONTILLA (CÓRDOBA) ESPAÑA
C/ Corredera 23A, 1º2
Telf: (+34) 957 65 02 32
e-mail: info@juandeavila.net

EDICIÓN, NO VENAL, DEL «TRATADO DEL AMOR DE DIOS»
DE SAN JUAN DE ÁVILA CON MOTIVO DE LAS JORNADAS
MUNDIALES DE LA JUVENTUD (JMJ)

MADRID, AGOSTO 2011

Presentación

Queridos jóvenes:

Recordad aquella frase tan preciosa del beato Juan Pablo II: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente” (RH 10).

De eso trata este librito de san Juan de Ávila, un santo español del siglo XVI, que reformó la Iglesia desde dentro, es decir, dejándose él mismo transformar por el amor de Dios, que le esponjó el corazón. Juan de Ávila nació en 1500 en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) y murió en 1569 en Montilla (Córdoba). Es llamado apóstol de Andalucía, porque predicó por muchos lugares de esta región. Y es patrono del clero español. Es maestro de vida espiritual y pronto será declarado doctor de la Iglesia.

Su doctrina tiene como centro y motor el amor de Dios, manifestado plenamente en el Corazón de Cristo, donde Dios nos ha amado hasta el extremo. Y Dios espera tu respuesta de amor a tanto amor suyo. Hay un corazón humano –el de Jesucristo– que te ama desde hace veinte siglos y que se emociona y se compadece con tu respuesta de amor. También sufre cuando te desentendes de ese amor. Que este librito de san Juan de Ávila te encienda en el amor de Dios, en su doble dirección: en el amor que Dios te tiene y en el amor que tú le tienes a Él.

Si la JMJ Madrid 2011 te ayuda a encontrarte con este amor, el amor de Cristo, habrás encontrado el tesoro de tu vida. Así te lo deseo con todo mi corazón:

+ Demetrio, obispo de Córdoba



Demetrio Fernández
obispo de Córdoba

Biografía

San Juan de Ávila

Nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) en 1500 en el seno de una familia acomodada, que le educó cristianamente. Muy joven se trasladó a Salamanca para estudiar leyes (1516). Durante unas fiestas en esa ciudad estudiantil tuvo la experiencia de encontrarse con Jesucristo y cambió su vida radicalmente, abandonando su carrera y el entorno que le ofrecía un futuro prometedor para un joven como él, haciendo vida la experiencia de san Pablo: “todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Flp 3,7-8).

Al Apóstol de los Gentiles imitaría también retirándose en su casa paterna para dedicarse a la oración y a la penitencia, años de crecimiento en el amor y de purificación interior, y posteriormente en su amor al Cristo crucificado, predicación y estilo pastoral. Bien orientado por sus directores espirituales se encamina a Alcalá (1520-1526), decidido ya a ser sacerdote y a consagrar su vida a Cristo y a la evangelización. Doce pobres, a los que lavó los pies, le acompañaron en la fiesta de su ordenación sacerdotal en Almodóvar del Campo, cuando ya sus padres habían muerto. Repartiendo su herencia y deshaciéndose de sus obligaciones civiles se encaminó a Sevilla para,

queriendo imitar en todo a Cristo, abrazar la vida apostólica como misionero en Méjico, colaborando con el recién nombrado obispo de Tlaxcala, Juan Garcés (1527).

Pero la Providencia quiso que encontrara allí a D. Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, que introducirá una corrección en la trayectoria de esta vida misionera, y lo encauza en tareas de evangelización en su diócesis y después en otras diócesis del entorno, mereciendo por eso el título de “Apóstol de Andalucía”. Lo cual aceptó con espíritu de fe y total disponibilidad a la Iglesia por medio de sus pastores.

Supo adaptar las verdades de la fe al entendimiento de la gente de a pié con palabras que fácilmente comprendían y que iluminaban poderosamente sus vidas, por medio de la predicación pública y la dirección espiritual. Esto le llevó a unirse más a Cristo y padecer persecución. Al salir de la cárcel, en 1535, se traslada a Córdoba, donde entabla contacto con el obispo Álvarez de Toledo y posteriormente con los Marqueses de Priego.

En Montilla se instala en 1545, donde aún se conserva su casa. Desde allí irá rematando su obra: dirigirá once colegios esparcidos por la geografía andaluza, escribirá los memoriales a Trento, cuya más destacada aportación será el modo de fundar los seminarios, recibe y aconseja a sus discípulos y amigos en el Señor, entre ellos san Francisco de Borja, san Juan de Dios o Santa Teresa de Jesús, entre otros cuyas virtudes han sido reconocidas como extraordinarias, por lo cual es conocido como “Maestro de Santos”. Desde allí forma y envía sacerdotes en misión, hasta su muerte el 10 de mayo de 1569.

TRATADO
DEL
AMOR DE DIOS



San Juan de Ávila

TRATADO

DEL

AMOR DE DIOS

1. La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él, y, con Él, su Hijo benditísimo, nuestro Señor. Más mueve el corazón a amar que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, da algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede nada por dar.

Pues veamos agora, Señor, si Vos nos amáis; y si es así que nos amáis, qué tanto es el amor que nos tenéis. Mucho aman los

padres a los hijos; pero ¿por ventura amais- nos vos como padre? No hemos nosotros entrado en el seno de vuestro corazón, Dios mío, para ver esto; mas el Unigénito vuestro, que descendió de ese seno, trajo señas de ello, y nos mandó que os llamásemos Padre por la grandeza del amor que nos tenías; y, sobre todo esto, nos dijo que *no llamásemos a otro padre sobre la tierra, porque tú solo eres nuestro Padre*. Porque así como tú solo eres Padre; y de tal manera lo eres y tales obras haces, que, en comparación de tus entrañas paternas, no hay alguno que pueda así llamarse.

Bien conocía esto tu profeta cuando decía: *Mi padre y mi madre me dejaron, y el Señor me recibió*. Tú mismo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Esaías: *¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tendrá piedad del hijo*

que salió de sus entrañas? Posible será que se olvide, mas yo nunca me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están delante de mí. Y porque, entre las aves, el águila es más afamada en amar a sus hijos, con el amor de ella nos quisiste comparar la grandeza de tu amor: Así como ágil defendió su nido, y, como a sus pollos, extendió sus alas y los trujo sobre sus hombros.

Sobre este amor es el del esposo a la esposa, del cual se dice: *Por éste dejará el hombre a su padre, y se llegará a su mujer, y serán dos en una misma carne; mas a éste sobrepuja tu amor; porque, según dices tú por Jeremías, si el marido echa a su mujer de casa, y, si echada, se junta con otro, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido; mas, con todo, vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te recibiré.*

2. Y si todavía eres incrédulo a este amor, mira todos los beneficios que Dios te tiene hechos, porque todos ellos son prendas y testimonios de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira también cuántas buenas inspiraciones has recibido y cuántos bienes en esta vida has tenido; de cuántos peligros en esta vida te ha librado, en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído si Él no te hubiera librado, que todas éstas son señales y muestras de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que envía son argumento de amor, porque son muestras de padre, *que castiga todo hijo que recibe* para enmendarlo, despertarlo, y purgarlo, y para conservarlo en todo bien. Y, finalmente, pon

los ojos en todo este mundo, que para ti se hizo todo por solo amor, y todo él y todas cuantas cosas hay en él significan amor, y predicán amor, y te mandan amor.

3. Y si a todas estas cosas estás sordo, no es razón que lo estés a las voces que Dios te da en el Evangelio, diciendo: *En tanta manera amó Dios al mundo, que dio su único Hijo, para que todo el que creyere en Él no perezca, mas alcance vida eterna.* Todas éstas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas ellas, como escribe aquel muy amado y amador de Dios, su evangelista San Juan, diciendo: *En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dio su Hijo para que vivamos por Él.* Y este beneficio con los demás son señales del grande amor que Dios nos tiene y como centellas que salen afuera de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto debe ser mayor aquel fuego

ascondido, pues las centellas que saltan de él son tan grandes? ¡Oh amor grande, oh amor gracioso, digno de ser gratificado con amor! *Danos, Señor, a sentir con todos los santos la alteza y profundidad, la grandeza y largueza de este amor*, porque por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de este amor.

4. Pero veamos ahora qué tan grande fuese el amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste. No hay lengua alguna que lo baste a decir; porque, como San Pablo dice, *la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido*, aunque sea el de los ángeles, porque todos ellos no alcanzan la grandeza de ella. Pues ¿qué hombres podrán explicarlo, si los ángeles no lo alcanzan a conocer?

Algunos ignorantes y rudos no acaban de caer en la cuenta de este amor. Como el

amor de ellos nazca de la perfección de la cosa amada (porque el objeto del amor es la perfección y bondad de la cosa), siendo, pues, el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta según el cuerpo, y, según el alma, un vaso de maldad, ¿qué amor se podrá tener a criatura tan miserable? Considerando principalmente que aquel divino Amador no es ciego, ni apasionado, ni antojadizo. Pues donde no hay pasión ni ceguedad en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan miserable y tan fea, ¿qué amor se le podrá tener?

No es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, porque el amor de Cristo no nace de la perfección que hay en nosotros, sino de lo que Él tiene, que es mirar en el Eterno Padre.

Para lo cual (tomando este negocio de los primeros principios) es de considerar

la grandeza inestimable de las gracias que por la Santísima Trinidad fue concedida a aquella santísima humanidad de Cristo en el instante de su concepción. Porque allí le fueron dadas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas, en su manera, era infinita. Conviene a saber, la gracia de la unión divina, y la gracia universal que se le dio como a Cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su ánima.

a) Diósele primero a aquella santísima humanidad el ser divino, juntándola y uniéndola con la divina persona; de manera que a aquella humanidad se le dio el ser de Dios de tal suerte, que podemos decir con verdad que aquel hombre es Dios, Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Hijo de Dios. Y, pues el mismo Dios es tan grande, esta gracia ya se ve que es infinita, por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se

puede dar, pues en ella se da Dios; y por la manera que se da, que es la más estrecha, que es por vía de unión personal.

b) También se le dio a aquel tan nuevo hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese en virtud. De manera que Él, en cuanto Dios, es igual al Eterno Padre, y, en cuanto hombre, es Cabeza de todos los hombres; y, conforme a este principado, le dio gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres; y Él se llama Santo de todos los santos, pero por ser santificador de todos y, como si dijésemos, un tinte de santidad donde han de recibir este color y lustre todos los que hubieren de ser santos. Esta gracia también es infinita, porque es para toda la generación humana, que no

tiene número de personas determinado, sino puede, en cuanto es de su parte, multiplicarse en infinito; y para todos cuantos en ella se multiplicaren hay méritos y gracia en la bendita ánima de Cristo.

c) Diósele, finalmente, otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida; la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir.

d) Diéronsele demás de esto, en aquel punto, todas las gracias gratis dadas, de hacer milagros y maravillas cuantas él quisiese; y diéronsele todas en sumo grado y suma perfección. Porque ésta es aquella hermosa flor de hermosura donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas las alas, la cobijó, y extendió sobre

ella toda su virtud y gracias complidamente. Este es el vaso de escogimiento donde se infundió aquel río de todas las gracias con todas sus avenidas y crecimientos, sin que ninguna gota quedase sin entrar en Él. Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer y dio cuanto pudo dar, porque aquí hizo todo lo último de potencia y gracia dando todo lo que podía a aquella ánima dichosísima en el punto que fue criada.

e) Y, sobre todo, le fue dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que fue ajuntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de toda gloria esencial cuanta agora tiene a la diestra de Dios Padre.

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra maravillosa

circunstancia que hay en ella, y es que todo esto se dio de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria ninguna por donde lo pudiese merecer. Todo fue junto, el criarla y dotarla de estas gracias; no por más de porque así quiso el Señor amplificar y tender sus manos de largueza, y magnificar así su gracia. Por lo cual llama San Agustín a Jesucristo dechado y muestra de la gracia; porque así como los grandes escribanos o pintores suelen hacer en sus oficios muestras de labores cuando se quieren dar a conocer, en lo cual emplean todo su saber y hacen todo lo último de potencia para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanza, así aquesta bondad, largueza y magnificencia infinita de Dios determinó de criar una nueva criatura y usar con ella de toda su magnificencia y largueza, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella. El rey Asuero

hizo un convite solemnísimo para que todos sus reinos viesen la grandeza de sus riquezas y pompa. El Rey del cielo hizo otro convite a esta santa humanidad con quien Él se desposaba para que todas las criaturas celestiales y terrenas conociesen por ella la grandeza de sus riquezas, bondad y largueza divina, que a tales cosas se extendía.

Mira tú qué dádiva sea ésta tan admirable y cuán dichosa haya sido aquella ánima bendita a quien Dios tal gracia quiso hacer; y no tengas invidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió, no sólo la recibió para sí, sino también para ti. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job: *Si comía a solas bocado, y el extranjero no comía de él. Porque desde mi niñez crecía conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo.* Así que no comió su bocado a solas,

mas antes lo partió con los peregrinos. Y, como verdadera Cabeza nuestra, recibió lo que recibió no solamente para sí, sino para sus miembros.

5. Agora pasemos más adelante, y veamos, de tan grandes riquezas como éstas, qué es la parte que nos cabe. Dime: cuando aquesta ánima santísima, en aquel dichoso instante que fue criada abriese los ojos y se viese tal cual has oído, y conociese de cuyas manos le viniese tanto bien, y, como el que se nace rey y no lo gana por su lanza, se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese ante sí arrodilladas todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como dice San Pablo; dime, si es posible: ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así lo había glorificado? ¿Con qué deseos desearía que se le ofreciese algo en que pudiese agradecer y servir a tal

Dador? ¿Hay algunas lenguas de querubines o serafines que esto puedan decir?

6. Pues añadido más: que a ese deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre; y que deste negocio se encargase el Hijo bendito por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta impresa tan gloriosa, y que no descansase hasta salir al cabo con ella. Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas de obrar es por amor -porque todas ellas obran por algún fin que desean, cuyo amor, concebido en sus entrañas, les hace trabajar-, y, por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que les amase con tanto amor y deseo, que, por amor de verlos remediados y restituidos en su propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.

Dime ahora: después que aquella ánima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese, dime: ¿con qué linaje de amor revolvería hada los hombres a amarlos y, abrazarlos por aquella obediencia del Padre? Vemos que, cuando un tiro de artillería echa una pelota con mucha pólvora y fuerza, si la pelota resurte a soslayo de do va a parar, tanto con mayor ímpetu cuanto mayor fuerza llevaba. Pues así aquel amor del ánima de Cristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza -porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita- cuando, después de haber ido a herir derechamente al corazón del Padre, resurtiese de allí al amor de los hombres, ¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua ni virtud criada que esto pueda significar.

Esta es aquella fuerza que significó el profeta cuando dijo: *Alegróse como gigante*

para correr el camino: de lo más alto del cielo fue su salida, y su vuelta hasta lo más alto de él; y no hay quien se esconda de su calor. ¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y volviste para el hombre, y tornaste para Dios! Porque no amas al hombre por el hombre, sino por Dios; en tanta manera la amaste, que quien considera este amor no se puede defender de este amor, porque hace fuerza a los corazones, como dice el Apóstol: La caridad de Cristo nos hace fuerza. Este es aquel fervor y ligereza que significó la santa Iglesia, esposa tuya, en los Cantares. Miradlo cómo viene con tanta priesa saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi Amado a la cabra montesa y al hijo de la cierva, según la ligereza que trae. Esto mismo significó el profeta Esaías cuando dijo: No se entristecerá y turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto, y su ley esperarán las islas. De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: Si diere yo sueño a mis ojos, si dejare siquiera yo

pegar un poquito mis párpados, si tomare algún descanso para mi vida hasta que hallare en la tierra posada y morada para el Dios de Jacob.

Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con todos los hombres, si hay alguno que la quiera saber. Porque no es causa de este amor la bondad, ni la virtud, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas que dijo el jueves de la cena: *Por que conozca el mundo cuánto yo amo a mi Padre, ¡levantaos y vamos de aquí! ¿Adónde? A morir en la cruz.* Cata, pues, aquí, ¡oh ánima mía!, la causa de este amor tan grande. Tanto más quema el resplandor del sol cuanto son mayores los rayos que le hacen reverberar. Los rayos del fuego de este Sol divino derechos iban a dar al corazón de Dios; de allí reverberaban

sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor?

7. No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda este fuego ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegue solamente la muerte y la cruz; porque si, como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor. Y si lo que le mandaron hacer por la salud de todos los hombres, le mandaran hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos. Y si, como estuvo aquella[s] tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que nos mostró acá de fuera en sus llagas.

No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese, entre otras particularidades del templo de Salomón, ésta: conviene a saber, que las ventanas de él eran saeteras, que por de dentro eran mayores que por defuera parecía ¡Oh Amor divino, cuánto mayor eres de lo que pareces por acá defuera! Porque tantas llagas y tantos azotes y heridas, sin duda nos predicán amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es por de dentro de lo que por defuera parece. Centella es ésta que sale de fuego, rama es ésa que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Esta es la mayor *señal* que puede haber de amor, *poner la vida por sus amigos*; mas es señal y no igualdad.

Pues si tanto te debo por lo que heciste por mí, ¿qué tanto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que

ven los ojos de los hombres, ¿qué tanto más es eso que ven los ojos de Dios solamente? ¡Oh piélago de amor! ¡Oh abismo sin suelo, todo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, ¡oh, Señor y salvador mío!, que a darme tal dádiva te movieron, me des ojos y corazón para que yo lo sienta y conozca, para que me gloríe siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.

8. Si quieres, ánima mía, barruntar algo de la grandeza del amor de Cristo, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los santos, pues les excede tanto en santidad y gracia cuanto la lumbre del sol a las tinie-

blas, y mucho más. Mira el deseo que tuvo aquel bendito padre Santo Domingo, que así deseaba el martirio como el *ciervo las fuentes de las aguas*, y pedía que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole poca cosa un martirio solo, y deseaba para cada miembro el suyo. Mira el deseo del apóstol San Andrés, que, viendo la cruz en que había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy amada, y la rogaba se holgase con él como él se holgaba con ella.

Vamos a otro más alto género de martirio y a otra nueva manera de deseo, que fue el de San Pablo, que, pareciéndole poco todo género de tormento para satisfacer a su deseo, vino a tanto exceso de amor, que deseó las mismas penas sensitivas del infierno por la honra de Dios y la salud de los hombres. Deseaba y *cudiciaba ser anatema de Cristo por mis hermanos*, deseando en esto,

como dice Crisóstomo, estar para siempre apartado de Cristo cuanto a la participación de la gloria, aunque no cuanto al amor y gracia. Pues, ánima mía, toma agora alas y sube de este escalón hasta las entrañas y corazón de Cristo; y mira que si este apóstol sagrado, no teniendo más que sola una gota de gracia, tenía tan grande amor a los hombres, que verdaderamente deseaba padecer las penas del infierno por ellos, ¿cuánto mayores serán los deseos de Cristo, pues tanto mayor era su gracia y su caridad?

¿Qué otra cosa, Señor, nos quisiste dar a entender en aquellas palabras cuando dijiste: *Con un bautismo tengo de ser bautizado; ¡cómo vivo en estrechura!* Hasta que se llegue la hora, vives, Señor, en estrechura; porque era tan grande el deseo de verte teñido en tu sangre por nosotros, que cada hora que esto se dilataba te parecía mil años, por la

grandeza del amor. Y de aquí nació aquella fiesta gloriosa de los Ramos que quisiste que se te hiciese cuando ibas a padecer, para mostrar al mundo la alegría de tu corazón, que así, cercado de rosas y flores, quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que ibas a la cruz, sino a desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se haga en el camino.

Pues salid agora, *hijas de Sión*; salid agora, ánimas devotas y amadoras de Cristo, y *veréis al rey Salomón con la guirnalda que le coronó su madre en el día de su desposorio. Y en el día de la alegría de su corazón.* No hallo yo, Señor, una guirnalda, sino la que hizo tu madre la sinagoga el viernes de la cruz; no de rosas ni de flores, sino de espinas, para meter en tu cabeza. Pues ¿cómo se llama este día de fiesta y *alegría de corazón*? ¿Por ventura esas espinas no te lastiman?

Sí por cierto, y más a ti que a ninguno de los hombres, por tu delicadeza era mayor; mas, por la grandeza del amor que nos tenías, no mirabas tu dolor, sino nuestro remedio; no a tus llagas, sino a la medicina de nuestras ánimas enfermas. Si al patriarca Jacob *le parecía poco siete años* de servicio por casar con Raquel, *por el grande amor que la tenía*, ¿qué te parecería un día de la cruz por desposarte con la Iglesia y hacerla tan hermosa, *que no la quedase mancilla ni ruga*? Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo. Tú eres Noé, que plantaste una viña, y bebiste el vino de ella en tanta abundancia, que, embriagado de aqueste poderoso vino, caíste durmido en la cruz; y padeciste tales deshonoras en ella que tus mismos hijos se escandizaron y hicieron burla de ti.

¡Oh maravilloso amor, que a tal extremo descendiste! Y ¡maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte de donde la habían de tomar para amarte! Dime, ¡oh dulcísimo amor!; si sola esta centella que acá defuera nos mostraste fue tan espantable a los hombres que ha sido *escándalo a los judíos y locura a los gentiles*, ¿qué hiciera si se les pudiera dar alguna otra muestra de amor que declarara toda la grandeza de este amor tuyo?

9. Pues si sola esta muestra de amor, que es menor, hace salir a los malos de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído tienen y conocido a cuánto más se extiende tu amor? Esto es lo que los hace salir de sí y quedar atónitos cuando, recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos y se

los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas, de aquí el desear los martirios, de aquí el holgarse con las tribulaciones, de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas, de aquí el desear los tormentos como convites, y alegrarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece, y buscar *abominaciones de Egipto para sacrificarlas a Dios*.

«El ánimo -dice San Ambrosio- que está desposada con Cristo y voluntariamente se junta con Él en la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las injurias del Crucificado».

10. Pues ¿cómo te pagaré, Amado mío, este amor? Esta es digna recompensa, que la sangre se recompense con sangre. Aquella sangre con que Moisés celebró la amis-

tad de Dios y de su pueblo (la cual era figura de ésta), parte se derramó sobre el altar, y parte sobre el pueblo, reconciliándolo con Dios; la que cae sobre el altar es para aplacar a Dios, y la que sobre las cabezas del pueblo para obligar a los hombres. ¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación; no permitas que me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz!, hazme lugar, y véame yo recibido mi cuerpo por ti y deja el de mi Señor. ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo poner ahí mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor! *Para esto -dice tu Apóstol- moriste, para enseñorearte de vivos y muertos; no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares o por vivo o por muerto, véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor.*

¡Oh qué *maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor!*, dice la santa profecía; porque ya no con diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y de amor, ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre ajena, sino la suya propia por todos en la cruz. ¡Oh maravillosa y nueva virtud! ¡Lo que no hiciste desde el cielo servido de los ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! ¡Oh robador de corazones!, roba, Señor, este mío, pues tienes nombre de robador apresurado y violento. ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes; tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones, tú has inflamado todo el mundo de tu amor; tú mismo lo dijiste por el profeta: *Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra;* y en tu Evangelio dijiste: *Fuego vine a poner en la tierra.* ¿Y qué otra cosa quiero yo sino que

arda? Bien entendido había la virtud de esta venida y de este fuego aquel santo profeta que por eso daba voces, diciendo: *¡Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses!; las aguas arderían con fuego. ¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que ansí enciendes los corazones helados más que nieve y los conviertes en amor! Con el fuego principal de tu venida henchiste el mundo de tu amor; como dice el profeta: Visitaste la tierra, y embriagástela de amor, y ansí multiplicas te sus riquezas con tal linaje de amor. Visitando la tierra, embriagaste los corazones terrenos. ¡Oh amantísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo!, embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esa saeta de tu amor.*

11. ¿Qué le falta a esa tu cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los

corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada, y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero; y el cuerpo tan extendido y brazos tan estirados son la cuerda; y la abertura de ese costado, la nuez donde se pone la saeta de amor para que de allí salga a herir el corazón desarmado. ¡Tirado ha la ballesta y herido me ha el corazón! Agora sepa todo el mundo que tengo yo el corazón herido. ¡Oh corazón mío! ¿Cómo te guarecerás? No hay médico que le cure si no es morir.

Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale ese hierro de esa lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa; y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre. ¿Qué has hecho,

Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Viene aquí por curarme, ¡y hasme herido! Viene a que me enseñases a vivir, ¡y hácesme loco! ¡Oh dulcísima herida, oh sapientísima locura!, nunca me vea yo jamás sin ti.

No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes inclinada, para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados, siendo tú el ofendido; los brazos tendidos, para abrazarnos; las manos agujereadas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies enclavados, para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera que mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo;

y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide de mi corazón. Pues ¿cómo me olvidaré de ti? Si de ti me olvidare, ¡oh buen Jesús!, *sea echado en olvido de mi diestra; péguese mi lengua a los paladares si no me acordare de ti y si no te pusiere por principio de mis alegrías.*

Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene. Porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios y del deseo que tiene de cumplir su voluntad.

12. Pues de este camino podrás entender de dónde proceden tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, para que de aquí se esfuerce tu esperanza viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada.

Has, pues, de saber que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos beneficios al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa por que el Hijo nos ama es porque se lo mandó el Padre, y la causa por que el Padre nos favorece es porque se lo pide y merece su Hijo.

Estos son aquellos sobrecelestiales planetas por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia y se envían todas las influencias de gracia al mundo. ¡Cuán firme son los estribos de nuestro amor!; y no lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó, y tu Padre nos perdona porque tú se lo suplicas. De mirar tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus pasio-

nes y heridas, procede mi remedio y salud, porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre y Hijo; miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud!

¡Oh vista de soberena virtud! ¡Oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Piles si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? A un suspiro que dio aquella doncella llamada Axa ante su padre Caleb, le dio su padre piadosamente todo cuanto le pidió: a los suspiros y lágrimas de tal Hijo, ¿qué se le podrá negar?

De esta manera, ¿cuándo faltará mi remedio, si le buscare? ¿Cuándo se agotarán sus merecimientos para mi remedio?

¿Cuándo olerá tan mal el cieno de mis maldades que no huela más suavemente el sacrificio de tu pasión, siendo tan grande tu hermosura, que todos los pecados del mundo no son más parte para afearla que un lunarico muy pequeño en su rostro muy hermoso?

13. Pues, ¡oh ánima flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios!, ¿por qué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti solo, sino en Cristo. No son tus merecimientos solos los que te han de salvar, sino los del Salvador. Si el demérito de aquel primer hombre a cabo de tantos años fue bastante a condemnarte, mucho más lo serán los méritos de Cristo para darte salud. Este es el estribo de tu esperanza y no tú. El primer hombre terreno fue principio de tu caída; el segundo y ce-

lestial, principio y fin de tu remedio. Trabaja de estar unido con éste por fe y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco; porque, si lo estuvieres así como el deudo natural, participas la culpa de transgresor; así, por el deudo espiritual, comunicarás las gracias del justo. Si con Él estuvieres de esta manera unido, cree cierto que lo que de Él fuere será de ti, lo que fuere del Padre será de los hijos, lo que fuere *de la Cabeza será de los miembros y donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas.*

Esto es lo que, en figura de este misterio, dijo el rey David a un hombre temeroso y turbado: *Júntate conmigo, que lo que fuere de ti será de mí, y conmigo serás guardado.* No mires a tus fuerzas solas, que te harán desmayar, sino mira a este remediador, y tornarás esfuerzo. Si, pasando el río, se te desvanece la cabeza mirando las aguas,

levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, que te esforzarán a pasar seguro. Si te atormenta el *espíritu malo* de la desconfianza, suena la arpa de David, que es Cristo con la cruz. *Echa tus cuidados en Dios* y asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones; y, si crees de veras que el Padre te dio a su Hijo, confía también que te dará lo demás, pues todo es menos.

14. No pienses que, porque se subió a los cielos, te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá, que fue el *palio* de su carne preciosa en memoria de su amor.

Mira que no solamente viviendo padeció por ti, mas aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fue la lanzada

cruel; porque sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero y para que entiendas por aquí que, cuando dijo al tiempo del expirar: *Acabado es*, aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Dice San Pablo: *Jesucristo ayer fue, y hoy es también, y será en todos los siglos*; porque cual fue en este siglo, mientras vivió, para los que le querían, tal es agora, y será siempre, para todos los que le buscaren.

DE ESTA EDICIÓN SE HA REALIZADO
UNA TIRADA DE 500 EJEMPLARES,
EN PAPEL OFFSET CREMA DE 90 GR. Y
CUBIERTA REGISTRO CREMA DE 120 GR.



San Juan de Ávila

Centro Diocesano "San Juan de Ávila"
Montilla (Córdoba) España